

Su dolor fué tanto más intenso, cuanto entonces tuvo también por amenazada a Aviñón (1). Se encargó al nuncio que presentase decididamente sus reparos (2). Fuera de esto resolvió Pío V enviar al punto con todo secreto un legado a Francia en la persona del notario pontificio Francisco Bramante, quien debía procurar hacer revocar lo acordado (3). Las instrucciones para Bramante fueron dictadas por el mismo Papa el 14 de agosto bajo la inmediata impresión de la noticia de la paz, se retocaron el 19 de septiembre, y no se entregaron al enviado hasta el 25. Se indicaba en ellas a Bramante, que recordase al rey con la debida moderación y prudencia los gloriosos tiempos de sus antepasados, los cuales gozaron de la obediencia de sus vasallos, de la tranquilidad del país, del florecimiento y poderío de su Estado, mientras estuvo asegurada la unidad religiosa. Que el convenio de Saint-Germain, que llevaba el hermoso nombre de paz, destruía esta unidad, y por eso dentro de breve tiempo acarrearía la definitiva ruina de Francia, pues dicho tratado no tenía ninguna cuenta con la religión, menoscababa la autoridad real y aumentaba el ánimo de los enemigos, que volverían pronto a sus antiguos planes con mucho mayor ardor. Que era inconcebible que gentes que querían quitar al rey la vida y la soberanía, pudiesen alguna vez hacerse sus amigos, y que los que hasta entonces habían quebrantado la fidelidad, la guardarían en lo por venir. Que el Papa, que no quería hacer cargo al rey de lo antes sucedido, en atención a su edad juvenil, era por eso de opinión, que sólo se había consentido la paz para desarmar a los rebeldes y con el tiempo proceder contra ellos por sí mismo y según él juzgase. Que si esto estaba en el plan de Carlos IX, debía Bramante confirmarle en ello, trayéndole a la memoria el ejemplo de su padre y del predecesor de éste, así como los manejos de los herejes tan peligrosos para el Estado, y asegurarle el apoyo del Papa. Dícese luego a continuación, que todo el mundo sabía que los hugonotes, que se daban por reformadores de la religión, no sólo maquinaban la ruina de la religión, sino también del

(1) Cf. Corresp. dipl., IV, 41.

(2) Cf. la *memoria que se halla en el Barb. 4698, p. 205, *Biblioteca Vatic.*

(3) La misión de Bramante ha sido desconocida de todos los investigadores que ha habido hasta ahora. Los *breves credenciales expedidos para él el 25 de septiembre de 1570 y dirigidos a Carlos IX y otros personajes franceses, se hallan en el Arm. 44, t. XV, p. 230^b, 237-251, *Archivo secreto pontificio*.

Estado. Que ahora despojaron las iglesias de Francia para enriquecer a sus secuaces. Que como su fin era derribar la religión y la monarquía, era menester oponérseles de manera que el rey permaneciese rey (1).

Un encargo especial de Bramante concernía a las tropas pontificias enviadas la primavera anterior bajo el mando de Torcuato Conti para proteger a Aviñón (2). Tenía que declarar que como el peligro había sido tan inminente, no se había podido enterar al rey de antemano. Que su deseo de sacar de allí ahora aquellas tropas, que sólo servían para la defensa, a fin de no dar a los hugonotes ningún pretexto para romper la paz, era tan irrealizable como la tolerancia de la herejía en Aviñón. Finalmente el enviado debía expresar también la esperanza de que Francia se uniría a la proyectada liga contra los turcos (3).

Las representaciones del Papa, de su nuncio (4) y de Bramante (5) fueron del todo ineficaces, principalmente por la actitud antiespañola de la corte francesa, que se manifestaba cada vez más violenta después de la paz de Saint-Germain. Esta disposición de ánimo, nacida de múltiples motivos, había conducido ya en julio casi a un abierto rompimiento. Carlos IX, como Catalina de Médicis, se desataron entonces en las más vehementes invectivas contra Felipe II. Las causas eran la ambición dinástica, el sentimiento de

(1) La *Instruzione prima a Mon^e Bramanti a 14 d'Agosto 1570 dettata da N. S^{re}, consignata a 25 di Settembre 1570, puede verse en las *Varia polit.*, 81 (ahora 82), p. 264-269. Síguese en la p. 266: *Instruzione seconda a Mons. Bramanti dettata da N. S^{re}, consignata a 25 di Settembre, y en las págs. 267-268 hay algunas *modificaciones y adiciones a esta instrucción; p. 269: *Instruzione terza a Mons. Bramanti a di 19 di Settembre, rescritta et consignata a 25 Settembre 1570; p. 269^b: *Aggiunta alla terza Instruzione. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. sobre eso el *Avviso di Roma de 8 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 257^b, *Biblioteca Vatic.*; Laderchi, 1570, n. 195 s.; Catena, 64. V. también Arch. d. Soc. Rom., XXXI, 481; Marocco, XI, 35. Sobre el cuidado del Papa v. Charrière, III, 54 s. La *Instruzione al S. Torquato Conti Aprile 1570, se halla en las *Varia polit.*, 81 (ahora 82), p. 270 s., *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. *Varia polit., 81 (ahora 82), p. 419 s., *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. los *Ultimi ragionamenti havuti con le MM^{te} Christ^{me}, sin fecha, en Barb., 4698, p. 205-212 (cf. Philippson, loco cit., 113) y la **Cifra di Francia di 30 Agosto 1570, Nunziat. di Francia, IV, 33, *Archivo secreto pontificio*. Sobre cómo Catalina procuraba engañar al nuncio, diciendo que con la paz no haría sino ganar la religión católica, cf. Desjardins, III, 637. V. también las relaciones venecianas en la Revista Hist., L, 386 s.

(5) Sobre las negociaciones de Bramante v. en los núms. 8-9 del apéndice las *Memorias tomadas del *Archivo secreto pontificio*.

su dignidad lastimado y las esperanzas de brillantes conquistas para Francia (1). El apartamiento de España produjo necesariamente una aproximación a los caudillos de los hugonotes, a los rebeldes de los Países Bajos y a Isabel de Inglaterra. Cualesquiera escrúpulos en este respecto estaban muy lejos del ánimo de Catalina de Médicis. Ante el nuncio pontificio llegó hasta permitirse observaciones burlonas. «¿Qué diréis, dijo en octubre al representante del Papa, si veis aquí muy presto al cardenal Châtillon con la púrpura?» Semejante expresión acerca de un desertor de la fe católica, despojado por el Papa de su dignidad a causa de su pública apostasía, había de quitar al nuncio toda esperanza en Catalina. «Esta reina, dijo, no cree en Dios, ni ninguno de los que ahora rodean a ella o al rey.» (2) Frangipani compuso por este tiempo una memoria sobre las cosas de Francia, que es notable en muchos conceptos. Juzga que se debería intentar abrir los ojos por lo menos al rey. Que los hugonotes siempre le serían hostiles, pues el ofensor nunca perdona. Que sólo procuraban engañar al rey; que cuando tuviesen ocasión propicia, promoverían de nuevo como antes una conjuración o una sedición. Que todavía era tiempo de anticipárseles. Que las fuerzas de los católicos eran mayores que las de los hugonotes. Que el rey podía tener tantas tropas auxiliares de Suiza e Italia cuantas quisiese. Que ciertamente antes habían de ser alejados de su derredor los traidores. Que éstos querían envolverle en una guerra contra la católica España. Que si se llegase a esto, el Papa debería ejercer su cargo y formar una liga contra la Francia hugonote. Que se había mostrado claramente, que no se podía tener confianza ninguna en Catalina de Médicis, extranjera y mujer. Pero que si tampoco era de esperar nada del rey, sería menester dirigirse a los grandes católicos del reino que se hallaban en estado de obligar al rey a reconocer su

(1) V. Baumgarten, La noche de S. Bartolomé, 27 ss.

(2) Relación del embajador español Álava, de 11 de octubre de 1570, en Baumgarten, loco cit., 33 s. Cf. además la *Cifra di Francia, 1570, Settembre 30, en la que se dice: Per mio giudicio excettuato solamente il re, che io lo ho per un buon giovane, se bene hoggi non ha ne discorso ne valore ne cuore di re, tutti li altri sono a un modo pieni di ogni sorte di passione et interesse del mondo et vacui di ogni religione, della quale io per me credo, che cosi li heretici, come quelli che si dicono cattolici, dico de nobili, se ne servano solamente per pretesto, ma che in verità non hanno religione. Nunziat. di Francia, IV, 52, *Archivo secreto pontificio*.

error. Que los grandes católicos, del mismo modo enteramente que lo habían hecho los hugonotes, podrían unirse y formar firmes alianzas bajo los gobernadores de las provincias, los cuales habían de estar dirigidos por un caudillo de confianza, dependiente del Papa. Que si esto no se hacía, los hugonotes arrastrarían a sí seguramente a todo el reino (1).

Semejante peligro se aproximaba visiblemente con los planes de casamiento que Catalina urdía por aquel tiempo para sus hijos. Su hijo predilecto Enrique de Anjou se había de desposar con Isabel de Inglaterra, y su hija Margarita, contra el deseo del Papa, no con el rey de Portugal, sino con el príncipe hugonote Enrique de Navarra (2). Por parte de los protestantes se fundaban las mayores esperanzas en un matrimonio de Isabel con el de Anjou. El ministro inglés Cecil preveía ya la caída del papado, y el embajador inglés en París contaba ya con que Carlos IX abrazaría el protestantismo (3). Como quiera que fuese, María Estuardo y los católicos ingleses quedaban a merced de su enemiga mortal, si llegaba a efectuarse aquel enlace.

Otra no menos grave vulneración de los intereses católicos significaba un matrimonio mixto con el hijo de la reina de Navarra, la cual se había señalado por la más violenta persecución de los católicos (4). A todo esto se agregaba todavía que el 12 de septiembre de 1571 Coligny, que un año antes había sido desterrado

(1) Esta memoria, al fin de la cual propone Frangipani el envío de hombres de confianza a Carlos IX y también a Felipe II, tiene por título: Discorso sopra gli humori di Francia di Monsignor Nazaret. Ranke (Historia de Francia, I, 301-302) tomó de ella sólo el pasaje sobre las asociaciones católicas. Utilizó un manuscrito de la Biblioteca Barberini, y señala con acierto el año 1570 como tiempo de su composición. Pero la copia tiene que ser más reciente, pues Frangipani no obtuvo el obispado de Nazaret hasta el 5 de noviembre de 1572. Falta en Ranke, como tan frecuentemente, la signature del manuscrito; después de larga búsqueda, la hallé finalmente en el Barb. 5269, p. 63 s., *Biblioteca Vatic.* Otra *copia conserva la *Biblioteca de Carlsruhe*, Cód. Durl., 44, p. 173 s. Como veo posteriormente, Thompson en el apéndice, p. 548 s., ha impreso esta memoria según el manuscrito de la Biblioteca Barberini, pero sin señalar concretamente su autor; también en el texto utiliza sólo el pasaje que ya era conocido por Ranke.

(2) Cf. Soldan, I, 408 s., 413 s.; Baumgarten, loco cit., 41 ss., 60 ss.; Tanzin, Le mariage de Marguerite de Valois, en la Revue des quest. hist., LXXX, 446 s.

(3) V. Kervyn de Lettenhove, II, 270.

(4) Cf. los datos que trae Dubarat, Le protestantisme en Béarn, Pau, 1893.

como reo de lesa majestad y ahorcado ya en efígie (1), apareció en la residencia real de Blois, donde pronto fué alcanzando una influencia cada vez mayor (2).

No es maravilla que se originase en Roma la mayor excitación a vista de estos acaecimientos. El Papa declaró que mientras Enrique de Navarra fuese hugonote, no le concedería por ningún caso la dispensa del parentesco para casarse con la princesa Margarita. El temor que desde largo tiempo tenía, de que el joven rey rodeado de hugonotes vacilase en la fe, parecía ahora haberse convertido en certidumbre (3). Acerca del hombre a quien Catalina quería dar su hija, se había referido al Papa cómo había amenazado con la muerte a los que hiciesen resistencia a la predicación protestante (4), y profanado de la manera más ultrajante el Santísimo Sacramento junto con un crucifijo (5). Respecto a Coligny estaba todavía fresca la memoria de que en Angulema había sido tan cruel, que como otro Nerón había hecho quemar vivos a los católicos para que sirviesen de antorchas (6). Ahora este hombre fué colmado por el rey de regalos, y hasta de beneficios eclesiásticos, y volvió a ocupar su lugar en el Consejo. Hizo impresión en el joven rey, el cual prestaba oídos ávidamente a sus extensos planes. Su blanco era una alianza con Inglaterra y una guerra contra España. A este fin tenía relaciones en Inglaterra, en la Suiza protestante y en Alemania, y no menos también en Constantinopla y entre los cabecillas de los moriscos de España. No sólo habían de ser apoyados los enemigos de Felipe II en los Países Bajos, sino también cegadas las fuentes de la riqueza española en las Indias occidentales. Carlos IX soñaba ya en grandes conquistas. No puede causar maravilla, que con tal disposición de

(1) V. Soldan, I, 365. A esto se refieren los severos breves de Pío V, de 12 de octubre de 1569, que trae Goubau, 231 ss.

(2) Cf. Soldan, I, 420 s.; Baumgarten, loco cit., 87 ss.; Kervyn de Lettenhove, II, 331 s.

(3) V. Tiépolo, 188; Catena, 176; Palandri, 153 s. Cf. Arch. d. miss. scientif., 2.^a serie, II, 444 s.

(4) Cf. Intermédiaire des chercheurs, 1901, Déc. 15; Merki, Coligny, 390, nota 1.

(5) *E bene stato affermato per vero a S. St^a chel figlio della regina di Navarra ha fatto gettare per terra il santo sacramento dell'Eucharistia e ha fatto strascinare per terra un crucifisso con la corda al collo. Relación de Arco, fechada en Roma a 1.^o de mayo de 1568, *Archivo público de Viena*.

(6) V. Corresp. dipl., II, 372.

ánimo fuese recibida fríamente en la corte de Francia la noticia de la brillante victoria de Lepanto (1).

Para Pío V el buen éxito decisivo contra los turcos fué un nuevo estímulo para intentarlo todo a fin de impedir un ulterior perjuicio de la causa católica en Francia. Redobló los esfuerzos que hasta entonces había hecho contra el matrimonio con Navarra. Catalina por su parte agotó sus artificios para conseguir la dispensa pontificia para aquel enlace. Pero Pío V permaneció inmovible, aunque se le amenazó con la separación de Francia de la Iglesia. Dijo que cesaría en cierto respecto de ser Papa, si favoreciese a un hereje obstinado. Que la dispensa no la concedería, aun cuando estuviese en Roma un ejército francés; que si a pesar de eso se efectuase el casamiento, declararían bastardos a los hijos. Sin embargo de esto, Catalina se lisonjeaba con la esperanza de hacer mudar de parecer al Papa, ofreciendo la entrada de Francia en la liga contra los turcos, si Pío V daba la dispensa (2). Hizo esto, porque sabía bien cuán a pechos tomaba el noble Papa la defensa de la cristiandad.

A mediados de diciembre de 1571 Pío V había enviado a Francia como nuncio extraordinario a Antonio María Salviati (3), el cual estaba emparentado por los Médicis con la casa real de Francia, y ya en la primavera de 1571 había residido en la corte francesa a causa de la prisión de Juan Galeazzo Sanseverino, acusado ante la Inquisición (4). Salviati recibió primero el encargo

(1) V. Soldan, I, 423; Kervyn de Lettenhove, II, 326, 331 ss.; Baumgarten, loco cit., 96 ss.; Blok, III, 116 s.; Janssen-Pastor, IV 15-16, 331 ss.

(2) V. las relaciones de Petrucci en Desjardins, III, 695, 702 ss., 714 ss., 719 ss., 723 ss., 730, 735 ss., 740; Baumgarten, loco cit., 113 ss.; Palandri, 162 ss. Cf. también Revista Hist., L, 389 s. Después de la noche de San Bartolomé Catalina se reía de que se hubiese creído en Roma su entrada en la liga contra los turcos. V. Theiner, *Annales eccl.*, I, 332.

(3) V. Laderchi, 1571, n. 135; Garampi, *Osservaz.*, 315.

(4) V. la *Instruccion per mons. Salviati, fechada en Roma a 5 de febrero de 1571, en las *Varia polit.*, 81 (ahora 82), p. 117 s.; cf. *ibid.*, p. 277 s., 638 s., 640 s., *Archivo secreto pontificio*. Sobre el buen éxito de los trabajos de Carlos IX y del cardenal Rambouillet (antes obispo de Mans y embajador en Roma) para poner en libertad al conde J. G. Sanseverino, que estaba al servicio de Francia y había sido preso por la Inquisición como hugonote, v. la *relación de Arco, de 17 de febrero de 1571, *Archivo público de Viena*. En este resultado favorable tuvo parte muy principal el entonces enviado a Roma Juan de Vivonne; cf. Guy de Bremond, J. de Vivonne, París, 1884, 27 s.; además Amabile, I, 303 s.

de mover a Carlos IX a entrar en la liga contra los turcos (1). Juntamente tenía que manifestar el gran disgusto del Papa por haber enviado el rey precisamente ahora al obispo de Aix, depuesto por herejía, a Constantinopla a negociar con el enemigo del nombre cristiano, con lo cual se desvanecía a los pobres cristianos del Imperio turco la confianza de verse libres de una tiranía insoponible, a consecuencia de la batalla ganada en Lepanto. Además debía quejarse el nuncio de los continuados esfuerzos por casar a Enrique de Navarra con Margarita, para volverle tal vez al gremio de la Iglesia, lo cual era sin duda una falsa esperanza. Finalmente había de indicar que extrañaba mucho el Papa, que se hubiese vuelto a conceder tan grande influencia a Coligny, y que Carlos IX permitiese a los hugonotes propagar sus errores en el margraviato de Saluzzo, pues esto era contrario a la paz de Saint-Germain (2).

Salviati en su viaje a Francia visitó las ciudades de Florencia, Luca y Génova, y al duque de Saboya, donde por encargo del Papa entabló negociaciones sobre la Santa Liga (3). En enero de 1572 llegó a la corte francesa, que se hallaba en Blois; su comisión tuvo que ser apoyada por breves exhortatorios dirigidos a Carlos IX, los cuales, a pesar de todo lo que había ocurrido, están redactados en tono de paternal benignidad (4). Poco después de él, el 7 de febrero (5), se presentó el cardenal legado Bonelli, el cual en diciembre había obtenido en Lisboa del rey don Sebastián pro-

(1) Sobre eso había ya negociado F. Bramante; v. su *Cifra de 8 de noviembre de 1570, Nunziat. di Francia, IV, 73, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. la *Instrucción para Salviati, fechada en Roma a 15 de diciembre de 1571, en las *Varia polit.*, 33 (ahora 34), p. 49 s. V. *ibid.*, 81 (ahora 82), p. 283 s., el primer bosquejo (cf. *ibid.*, 116 [ahora 117], p. 114 s.), *Archivo secreto pontificio*. Cf. también la carta de Pío V a Catalina, de 15 de diciembre 1571, en Catena, 301 s. y *Corresp. dipl.*, IV, 549 s., 551 s. Una carta anterior menciona Arco en su *relación de 3 de noviembre de 1571: Il Papa si duole grandemente della regina madre del rè come quella che principalmente favorisse l'ammiraglio et ha l'animo volto del continuo a diverse novità et perciò Sua Santità gl'ha scritto un breve in colera. *Archivo público de Viena*.

(3) V. la carta del dux de Génova a Pío V en Goubau, 436 ss. Cf. las importantes observaciones de Laderchi (1571, n. 135) contra Graciano (*Epistulae*, 465).

(4) Breve de 25 de enero de 1572, en Goubau, 439 s. (cf. además *Türke*, 22), y de 6 de febrero [1572], en Catena, 298 s.

(5) V. la *carta de Bonelli al cardenal Rusticucci, fechada en Blois a 9 de febrero de 1572, Cód. 33-G-24, p. 576, *Bibl. Corsini de Roma*.

mesas relativas a su entrada en la Liga contra los turcos y a su casamiento con Margarita de Valois (1).

El cardenal, que en su viaje por Francia había visto en todas partes las ruinas de las iglesias destruidas por los hugonotes, no se formó ninguna ilusión sobre las dificultades que se oponían en la corte francesa a la consecución de sus encargos; pues había de agenciar el casamiento de Margarita con el rey de Portugal y la entrada de Francia en la liga contra los turcos, y además impedir la alianza defensiva que Isabel de Inglaterra acababa de ofrecer al gobierno francés. El 9 de febrero llegó también a Blois el general de los jesuitas, San Francisco de Borja, el cual, provisto por Felipe II de una instrucción especial, debía apoyar al legado. Ambos no dejaron ningún lugar a duda que el Papa nunca concedería la dispensa para el matrimonio con el de Navarra. Y combatieron este enlace, tanto como recomendaron el casamiento portugués. Pero todos sus esfuerzos quedaron sin resultado ninguno. Aun respecto de la liga contra los turcos, ni siquiera consiguió Bonelli la promesa de que Francia no pondría obstáculos a la empresa de la cruzada. Tocante a la alianza con Inglaterra, logró que le asegurasen que no se quería con ella más que mantener con este reino las buenas relaciones de vecindad, pero que no se había intentado nada contra España (2).

(1) El cardenal Bonelli, que hizo su entrada en Lisboa el 3 de diciembre de 1571, dió cuenta desde allí el 5 y 13 de diciembre de 1571, de las generales promesas del rey respecto de la liga (v. las *cartas de Bonelli en el Cód. 33-G-24, p. 34 s., 40^b s., *Bibl. Corsini de Roma*). En la *carta de 13 de diciembre se habla de la buena disposición del rey tocante a su casamiento con Margarita de Valois, tan deseado por Pío V: mi disse voler per dote dal Re di Francia ch'entri ancor esso in legal Bonelli, que el 11 de diciembre presentó al rey una memoria (se halla en Lämmer, Para la historia eclesiástica, 135), volvióse el 14 de diciembre a Madrid y de allí partió para Francia. En Miranda recibió una carta del rey de Portugal a Pío V, de 20 de diciembre de 1571, con la promesa en términos muy generales, de que el rey pelearía contra los turcos, sarracenos y luteranos (*Corpo dipl. Portug.*, X, 427).

(2) V. las *cartas de Bonelli, dirigidas a Rusticucci desde Blois el 9, 19 y 22 de febrero de 1572, a las que se junta una escrita a Felipe II desde Roma el 30 de marzo de 1572, en el Cód. 33-G-24, p. 57^b de la *Bibl. Corsini de Roma*, de todas las cuales pueden verse extractos en Gachard, *Bibl. Corsini*, 52 ss. Cf. Baumgarten, La noche de San Bartolomé, 118 ss., 126, y Philippon, *Curia Romana*, 116 s., donde son también utilizadas las declaraciones de los embajadores español, florentino y veneciano y de San Francisco de Borja. Motivó una larga controversia un pasaje de la carta de Bonelli, de 6 de marzo de 1572, escrita desde Lyon al cardenal Rusticucci, donde se dice que en los asuntos

Sin embargo todas estas eran palabras vacías, lo mismo que las aseveraciones de afecto especial al Papa, que se hacían en las cartas enviadas a Pío V por el rey y la reina a 22 de febrero

de la liga y del casamiento con el de Navarra no había logrado alcanzar nada, pero: con alcuni particolari ch'io porto, dei quali ragguaglierò Nostro Signore a bocca, posso dire di non partirmi affatto mal expedito.

Ranke, que fué el primero en citar este pasaje en su Revista Hist.-polít., II, 598, infirió de él con mucha precipitación, que al legado «si no le fué comunicado directamente, a lo menos le fué indicado un intento secreto en favor de los católicos». Contra esto advirtió Soldan (Manual Hist., 1854, 219): «Ya puede esto concederse, con tal que no se refiera a la Noche de San Bartolomé, como lo hace Ranke. Pues ¿no era más natural que se lisonjease al legado con la conversión del prometido, que era de esperar, como asimismo lo cuenta Gabucio? También al Papa se le había hablado ya en este sentido». A pesar de lo cual persistió Ranke en su opinión (Historia de Francia, I^a [1856], 320). De la parte católica Gandy en 1856 en la Revue des questions historiques y después en la Civiltà Cattolica (6.^a serie, tomos VIII-XI), impugnó resueltamente la suposición de que la matanza de los hugonotes, efectuada en la noche de San Bartolomé, fué un hecho mucho antes meditado, del que Pío V había sido informado de antemano. En vez de refutar estas circunstanciadas disquisiciones, un íntimo amigo de Döllinger, lord Acton, cuando ardía furiosa la lucha a causa de la definición de la infalibilidad pontificia, lanzó de nuevo la acusación, que un año antes había presentado como demostrada Michelet (Hist. de la revol. franç., I, 36), y procuró apoyarla con extenso material (North British Review, 1869, October, Nr. 101, artículo traducido por Gar, La strage di S. Bartolomeo, Venecia, 1870). Con su apasionada excitación dejó de ver Acton todas las razones contrarias. Otro amigo de Döllinger, Juan Huber, hizo lo mismo. A ambos hizo vigorosa oposición Hergenröther (La Iglesia y el Estado, 656). Cuando Wuttke (Historia de los hechos antecedentes a la Noche de San Bartolomé [1879], 177) asentó de nuevo como «cosa indudable», que Pío V tuvo noticia de la matanza proyectada para la noche de San Bartolomé, tampoco faltaron investigadores católicos que lo impugnaron (v. Funk en la Revista Literaria, 1880, 169). Un sabio de todo en todo protestante, Baumgarten, demostró luego dos años más tarde en una exposición serena y objetiva (La Noche de San Bartolomé, 130 ss.; cf. el suplemento de la Revista Hist., L, 396 s.) lo insostenible de la tesis establecida por Acton y Wuttke. A él se adherieron v. Bezold (Revista Hist., XLVII, 563), Schott (Gaceta general, 1882, suplemento, n.º 67), Philippson (Curia Romana, 116 ss.) y Alfredo Stern (El origen de la Noche de San Bartolomé, en los cuadernos mensuales de Westermann, 5.^a serie, tomo IV).

Con todo, tanto a Baumgarten como a Philippson y Stern se les ha pasado por alto enteramente, que ya en el año 1880 otro sabio protestante, Carlos Türke, en una disertación publicada en Chemnitz, había examinado tan minuciosa como cuidadosamente las cuestiones que aquí se debaten. El resultado de Türke es, que a Pío V, «como quiera que sea, se le ha de absolver de una directa participación en el plan de una insidiosa matanza de los hugonotes, supuesto que semejante plan en general nunca fué determinadamente trazado» (p. 15). Las explicaciones de Türke, a las que asiente Schott en la Revista de historia eclesiástica, V, 114 s., conservan también su valor al lado de las de Baumgarten; así este juicio: «aunque el odio de Pío V a los herejes

de 1572 (1). Ya el 19 de abril se concertó la alianza entre Inglaterra y Carlos IX; poco antes se habían firmado también las capitulaciones matrimoniales entre Margarita y Enrique de Navarra, sin atención a si el Papa concedería o denegaría la dispensa. Al mismo tiempo corrían rumores acerca de secretos armamentos, que indicaban una empresa dirigida contra Felipe II (2). Mientras Carlos IX procuraba engañar al rey de España con protestas de amistad y tranquilizar al nuncio pontificio, que se había mostrado desconfiado, escribió el 11 de mayo a su embajador cerca de la Sublime Puerta: «Todos mis pensamientos van dirigidos a oponerme a la grandeza de España... He mandado armar en mis puertos un buen número de naves con un ejército de doce a quince mil hombres, que ya a fines de este mes estará preparado para hacerse a la vela con el pretexto de guardar mis costas de los piratas, pero en realidad con el intento de inquietar al rey católico y ani-

nada dejaba que desear», con todo su mismo carácter excluía «su participación en vastas intrigas, tramadas con disimulo». Es también muy acertada la observación, de que habla contra un tan importante concierto secreto entre Pío V y la corte francesa, la tirantez de relaciones que había entre los dos, especialmente en el tiempo posterior (págs. 23-25). Respecto de los alcuni particolari de que Bonelli, según su carta de 6 de marzo de 1572, quería dar cuenta circunstanciada verbalmente, opina Türke, que se habrían referido a la aceptación de los decretos del concilio de Trento y a cosas semejantes; y que seguramente no se habría tratado de secretos importantes, en favor de lo cual habla también la vuelta muy lenta del legado (págs. 23-25). Las otras explicaciones de Türke (p. 26 s.) sobre la misión de Bonelli, sobre la carta del cardenal D'Ossat, de 22 de septiembre de 1599 y el código 164 del marqués Capponi, utilizado sin crítica por Acton, completan y confirman las investigaciones de Baumgarten contra los sostenedores de la teoría de premeditación. Acerca de los datos del código Capponi ya en 1871 había hecho notar Alfredo Maury en el Journal des Savants (p. 422), que aun cuando procediesen del que fué más tarde Clemente VIII, que acompañó a Bonelli en su viaje, se había con todo de tomar en cuenta, que la corte francesa con sus promesas y misteriosas indicaciones pretendía atraer al Papa para obtener la dispensa (cf. nuestros datos de arriba, p. 115). Tampoco en otras partes se hallan seguros puntos de apoyo para la afirmación defendida por Acton y sus repetidores. Cf. Türke, 34 s., donde se aprecian conforme a la crítica las narraciones de Catena y Gabucio. Demás de todo esto, en 1884 Kervyn de Lettenhove (Huguenots, II, 43) dió a conocer un despacho del embajador español en Roma, de 19 de mayo de 1568 (cf. abajo, p. 131, nota 2), que muestra cuán falsamente ha comprendido Acton, y cuán justamente Türke, el carácter del Papa y su actitud respecto de semejantes planes como la Noche de San Bartolomé.

(1) Se hallan impresas en la 2.^a edición de Catena, de 1587, p. 343 s.

(2) V. Kervyn de Lettenhove, II, 364, 366 s.; Baumgarten, loco cit., 144 s., 146 s.